

En el reflejo del Tormes

Una visita a Alba

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2009
Todos los derechos reservados

Índice

El viaje del autor	5
Sobre el puente	11
San Pedro	21
Convento de la Anunciación	27
En la muerte de Santa Teresa	39
Iglesia de San Juan de la Cruz	47
La Plaza Mayor	51
Iglesia de San Juan	55
La cerámica de Felipe Pérez	63
Los primeros duques de Alba	71
La Torre del Homenaje	77
Fernando Álvarez de Toledo	85
Vistas desde la Torre	93
Amores difíciles	99
Iglesia de Santiago	105
El Espolón y la Basílica	111
Despedida en el Tormes	119

El viaje del autor

En el mes de julio de 2008 viajé hasta la provincia de Salamanca. Seguía una costumbre que había comenzado tres años antes, cuando llegué hasta Soria, ciudad a la que seguiría un año después Zamora. Desde el principio viajé sin coche, dada mi aversión a hacer tantos kilómetros desde mi domicilio habitual, adoptando la alternativa de utilizar el transporte público para desplazarme limitadamente desde la capital de la provincia que visitaba.

Por ello, cuando fui a Soria visité en un desplazamiento de sólo un día la localidad de Almazán. Igualmente, la prolongada estancia en Zamora capital fue salpicada por otras visitas, tanto a la cercana ciudad de Toro, como hasta la propia ciudad de Salamanca, por la que sentía mucha curiosidad dada su fama de lugar turístico y de grandes monumentos.

Efectivamente, la ciudad helmántica es monumental hasta extremos que tarda uno en asimilar, sobre todo cuando vienes de una ciudad con preciosos templos románicos, como era la capital zamorana, pero todos construidos entre los siglos XII y XIII aproximadamente. El choque con la monumentalidad de la Clerecía, el situarse en la calle que la separa de la Casa de las Conchas, ese verse atrapado por fachadas ante las que hay que elevar mucho los ojos hace de Salamanca un lugar digno de visitar con pausa. Por ello, tras un paréntesis para explorar tierras extremeñas el año anterior me acerqué a esta ciudad castellana.

La impresión que me llevé en una estancia de casi una semana matizó las impresiones de aquella excursión de

dos años atrás. Era cierto que entonces me sentí abrumado por aquella impresionante monumentalidad pero también arrastrado por la incontenible marea turística que recorría las calles, desde la plaza Mayor hasta el río. Sentí aquella ciudad como excesiva y ajena. Varios días después de pasear por sus calles en días laborables, con mucha menor presencia del turismo extranjero, la ciudad de Salamanca se me fue haciendo más cercana pero sólo eso, no distante pero tampoco mía. Entré en todos los monumentos, subí a las más altas torres de la ciudad, me senté en las iglesias, curioseé en sus capillas, comí en diversos lugares. Pero ahora que tengo un tiempo disponible y deseo escribir de aquel viaje empiezo por Alba de Tormes, no por la cercana capital de la provincia.

La experiencia fue amplia aquellos días de verano. Me cité allí con Ángel Luis, un compañero con el que compartía una página de fotografía y con el cual había mantenido un relación cordial pero esporádica. No sabía muy bien a qué atenerme con él pero finalmente resultó ser un hombre muy agradable con una mujer simpática, ambos muy acogedores. Tuvieron el detalle, que siempre agradeceré, de llevarme en una larga excursión por la zona norte de la provincia hasta visitar un lugar que había deseado conocer desde hacía mucho: los Arribes del Duero.

Uno puede contentarse con estos comentarios para empezar el libro o cuaderno de viaje que pretendo escribir a continuación, pero quiero ir algo más allá. ¿Por qué elegir un pueblo humilde como Alba de Tormes frente a una ciudad espléndida como Salamanca, para empezar a contar de aquel verano? Cuando he repasado las ciudades por las que he viajado, las que elegí para visitar y hablar de ellas, he comprobado una curiosa relación numérica, no en vano mi profesión imprime cierto carácter matemático a la cuestión.

La ciudad más grande de la que he escrito es Cáceres, al menos en cuanto al número de habitantes (84 mil). Después está Zamora (65 mil), Sanlúcar de Barrameda (64 mil), Segovia (54 mil) y Mérida (51 mil). Todas las demás tienen menos de cincuenta mil habitantes, desde los 47 mil de Ávila a los humildes cuatro mil de la onubense Niebla.

Frente a ellas hay ciudades de las que quiero tal vez escribir en el futuro pero ante las que me retengo. Jerez de la Frontera tiene 187 mil habitantes, Salamanca, 156 mil. De la primera me planteo hablar solo de determinados períodos históricos o del casco histórico exclusivamente, mientras que para la segunda no sé si afrontar una mera relación de lo visto, sin tratar de ser exhaustivo, pese a la abundante información histórica, artística, que llena todo un cajón de mi mesa reclamando una atención que no me decido a darle. Así pues, llego a la conclusión con estos datos de que me siento más cómodo describiendo mis viajes a poblaciones medianas o pequeñas, la mayoría no demasiado turísticas, habría que añadir.

La “comodidad” de mi estancia en estas pequeñas ciudades o pueblos tiene estrecha relación con mis objetivos a la hora de visitarlos. El deseo de no encontrar lugares invadidos por el turismo tiene también es un factor a tener en cuenta. El tamaño de la ciudad, el número limitado de sus habitantes, responde a mi deseo de conocer la población de que se trate, saber sus coordenadas geográficas más representativas (los barrios, las vías de comunicación, calles, plazas, monumentos, rincones para recordar) sin que se acumulen en exceso, sin perder su individualidad en la memoria. Naturalmente, todo ello tiene que ver con mi limitación mental a la hora de estructurar la información y guardarla visualmente. Dado que esas capacidades son medianas puedo suponer que mi sensación es la que puede

tener cualquiera. Algo muy distinto sucede cuando recuerdo Salamanca, ciudad grande, con varios ejes de visita que se entrecruzan, monumentos que aparecen por todos lados de mi memoria en cierto grado de confusión sin que consiga precisar con claridad dónde estaban algunos en relación a otros, cuál era la verdadera distancia entre ellos.

A esto se une el hecho de no desear una excesiva presencia turística que desarticule o simplemente condicione de forma poderosa la vida ciudadana. Porque voy llegando a la esencia de mis deseos a la hora de visitar un lugar. Quiero contemplar la vida de la ciudad y sus gentes, deseo saber de ella, inmiscuirme de forma limitada, hablar con sus vecinos, sentir su actitud como un elemento de juicio fundamental a la hora de valorar mi experiencia. De ahí lo reacio que soy a viajar al extranjero, dado mi desconocimiento de otros idiomas. Porque lo que quiero, lo que busco, es pasear por esas calles, visitar sus monumentos, sentarme en las plazas, comer sintiendo el bullicio alrededor, caminar de vuelta por la noche deseando que se abra un nuevo día en el que explorar nuevos rincones. Acostarme con algunas de las imágenes que me acompañarán por largo tiempo, lugares privilegiados del mirar, sentir la ciudad, imaginar otro tiempo en que sus calles contemplaron sucesos pasados.

Pero si quiero encontrar esto aún busco más a las personas y sus historias. Ése es mi objetivo último, el principal. Para lo primero me contento con preguntar, hablar con los habitantes que se ponen a tiro de mis preguntas y curiosidades. Les interrogo sobre los monumentos, dónde están, quién los hizo, qué antigüedad tienen. También sobre qué sitios hay buenos para comer bien pero económicamente, de qué vive el pueblo, qué industria tiene, cómo depende del campo, dónde va la juventud si decide no quedarse allí,

cómo marchan las cosas, los negocios, la vida toda en la ciudad.

Como somos herederos de un pasado, la comprensión no acaba en esas impresiones, que en cualquier caso son fugaces o superficiales, tal vez poco representativas (aunque quiero pensar que no), sino que me sumerjo en los libros que hablan del pasado de aquella ciudad, sus historias de personas y épocas que la han llevado a ser como es ahora.

De manera que necesito tener libros y entenderme con la gente de aquella población de cara a conocerla en sus aspectos más humanos. No sé cómo puede llamarse a este tipo de turismo que se alimenta de cultura pero la contempla como una obra humana y no sólo artística, que no descarta las fiestas del lugar ni sus dulces típicos ni su gastronomía, claro está, pero que lo entiende como una forma de acercarse a su forma de vida, a sus costumbres y festejos más populares.

Busco aquello que deseo encontrar, otra forma de vivir, enfrentarse a las dificultades y obstáculos de la vida cotidiana, cosas en qué creer distintas de la mía, modos de relacionarse socialmente, oficios diferentes de aquel que me ha permitido vivir. De todo ello aprendo que la vida tiene una gran riqueza aunque tal vez se reduzca a deseos muy elementales (poder, dinero, religión, sexo) y a las formas elaboradas que construimos (gobiernos, trabajo y especulación, cultos y creencias, formas de cortejo) para satisfacerlos. Cada población presenta sus propias características frente a todo ello y deseo conocerlas sin juzgar su validez a priori, respetando aquello que veo y observo, pensando qué me aportan a mi propia forma de vivir, a todo aquello en lo que creo o me sostiene.

Y ahora hablaré de Alba de Tormes, de aquella visita de apenas unas horas bajo un calor considerable que realicé

en un mes de julio. Contaré de las imágenes que se me han quedado grabadas, de mis recorridos paso a paso por sus calles, ese hermoso puente sobre el Tormes, mi perplejidad ante el brazo conservado de Santa Teresa, el respeto ante su distante tumba, la visión magnífica del pueblo desde la elevada atalaya de la Torre del Homenaje en su castillo, el que aún es propiedad de la casa de Alba, de su basílica inacabada, fruto de un sueño imposible. Pero también hablaré de aquel hombre humilde que me enseñó con gran interés y en detalle la iglesia de San Juan, de aquel otro que se inclinaba sobre un torno en el cual una forma de barro iba cobrando forma, de todos los que conocí en sus calles, a la mayoría muy poco pero que me dejaron el recuerdo de una actitud cercana, servicial y amable. A ambas cosas, imágenes y actitudes, dedicaré las próximas páginas.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

